

J. M. ROA BÁRCENA.

Hay también allá en Méjico un señor D. J. M. Roa Bárcena, que viene á ser así como un vice-Cañete, es decir, un Cañete ultramarino.

Pues se parece á D. Manuel Cañete como un huevo á otro huevo.... siempre que los huevos estén hueros ambos.

En primer lugar, se parece el señor Roa Bárcena á nuestro D. Manuel en que, como éste, ha ejercido alternativamente de poeta y de crítico.

Y luego se parece también en que, como crítico, es bastante malo, y como poeta.... todavía es un poco peor como poeta.

"Como crítico—decía yo del Cañete de acá en los *Ripios Académicos*—como crítico.... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable."

Y lo mismo se puede decir del Cañete americano.

Porque de criterio, á la verdad, no anda del todo bien; pero lo que es conciencia no tiene ni pizca.

Por lo menos, así lo da á entender un artículo muy largo, y muy soso, naturalmente, que ha publicado contra mi libro de *Ripios Académicos* el día 7 de Diciembre último en el periódico mejicano *El Herald*, en donde poniéndose á enumerar los caprichos, dislates y errores míos, dice:

1º El empleo del adjetivo *edecuado* por *adecuado*, del latino *adcequatus* (¡lo que sabe!....)

Sospechando, sin duda, que los lectores no le van á creer, cita su texto correspondiente: "Más *edecuado* consonante es este, etc." *Ripios Académicos*, pág. 249."

Y asentándosele que aun después de leer la cita nadie va á tomar en serio la acusación, porque todo el mundo va á creer que es errata, añade muy grave:

"No es errata, porque repite la voz en otros pasajes."

En lo cual el señor Roa Bárcena falta á la verdad como un.... pobre hombre; porque no es en otros pasajes, sino en otro solamente donde se repite esa voz, claro que por errata, en una segunda tirada del citado libro, hecha en ocasión en que yo me hallaba fuera de Madrid y no pude corregir las

pruebas, pues en la primera edición dice *adecuado* siempre que se emplea este adjetivo.

Pero lo más grave del caso, ó si se quiere lo más gracioso, es que en esa misma segunda tirada no corregida, que se conoce que es la que ha visto el señor Roa Bárcena, y que tiene otras varias erratas, como *implazado* por *emplazado*, *menes* por *menos*, *dudra* por *dudar*, *sobrenatural* por *sobrenatural*, las cuales no apunta el señor Roa Bárcena en la cuenta de mis dislates, por misericordia; en esa misma segunda edición en que se lee *edecado* en la página 249 y en *otro pasaje*, se lee también, y es de suponer que el señor Roa Bárcena leyera antes, á no ser que empiece á leer los libros por lo último, se lee en la pág. 55, líneas 10 y 11, lo siguiente: "Las imágenes han de ser *adecuadas*." Y en la pág. 84, líneas 8 y 9, se lee: "¡Vaya una imagen natural y *adecuada*!" Y en la pág. 125, línea 25, se lee: "Un título *adecuado*."

Todo esto en el mismo libro y en la misma edición que vió el señor Roa Bárcena.

Con que díganme ustedes, dónde está la conciencia de un crítico que después de haber leído en tres distintas páginas de un libro *adecuadas*, *adecuada* y *adecuado*, porque encuentra luego en el mismo libro dos veces *edecado*, dice que es un *dislate* del autor y asegura muy formal que NO ES ERRATA.

Nada; que no tiene conciencia.

Y todavía en el número 7º de la cuenta de los *dislates*, dice de mí: "Da gravemente á D. Alejandro Pidal la regla—de su propia cosecha—de que cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si el verbo se ha de referir al primero de ellos hay que expresarlo claramente, pues de no hacerlo así, se referirá siempre el verbo al sustantivo más inmediato."

En lo cual también miente como un . . . académico el señor Roa Bárcena. Porque ni nunca he dado yo al señor Pidal esa regla, ni esa regla es de mi propia cosecha, sino de la del pobre Cañete mejicano.

Lo que yo he dicho censurando un disparate gordo del señor Pidal, es esto:

"Cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si se quiere que un verbo se refiera al primero, hay que decir *aquel*, y si se dice *este* ó *ese*, se refiere siempre al más inmediato." *Ripios Académicos*, pág. 38.

Lo cual no es lo mismo.

Y lo dije porque Pidal había dicho en un discurso: "Yo que no tengo hiel en el corazón, y no por mérito propio, sino porque se me ha negado *esa entraña* . . ."

Donde, queriendo decir que no tiene hiel, dice que no tiene corazón, por falta de sintaxis. Aparte de la barbaridad fisiológica de suponer que la hiel está en el corazón, cuando está en el hígado.

Pues bueno. ¿Qué conciencia puede tener un crítico que cita en falso y falta á la verdad con la frescura con que lo hace el señor Roa Bárcena? ¿Y qué caso hay que hacer de un crítico tramposo y farandulero que atribuye á los autores lo que no dicen, llama dislates, etc., á las erratas notorias de imprenta, y trata de engañar á los lectores asegurándoles que no son erratas?

No hay que hacerle caso ninguno.

No hay más que decirle que se vaya á . . . donde se fué el Padre Padilla.¹

Pero si no merece atención el señor Roa Bárcena como crítico, bien merece como poeta un riferafe.

O si no como poeta, porque no lo es, como perpetrador de versos; porque efectivamente los ha perpetrado.

Y yo he descubierto el delito por . . . iba á decir por casualidad, pero no lo digo. Le he descubierto porque tengo, aunque no sea mfo el decirlo, mejores narices que la generalidad de los jueces

¹ Porque no me entretuve en refutar uno por uno los siete ú ocho cargos numerados que me hacía el señor Roa Bárcena, salieron el *duque Job* y otro pobre hombre llamado Ancona, en dos periódicos de Méjico, cantando victoria y diciendo que de sólo dos cargos había conseguido librarme.

No es eso, pobres diablos, no es eso. No es que no pudiera refutar los otros párrafos numerados del artículo del señor Roa Bárcena, es que no me lo propuse, ni había para qué, pues eran tonterías sin fundamento. Lo que me propuse y lo que hice fué demostrar que el señor Roa Bárcena es un crítico tramposo y farandulero, que cita en falso, y de quien por consiguiente no se puede hacer caso ninguno.

de instrucción, y no cojo el rastro al revés como ellos.

Desde que leí el artículo del señor Roa Bárcena en *El Herald*, se me asentó que el señor Roa Bárcena había escrito versos.

Un crítico tan malo, no podía menos de haberse metido también con la poesía.

No podía menos.

Y ya con esta presunción, es claro . . . ¿Dónde les parece á ustedes que había yo de ir á buscar el cuerpo del delito?

A casa de la gran encubridora de los delitos de esa índole: á las columnas de *La Ilustración Española y Americana*.

Y efectivamente, en el primer tomo que acerté á coger, que fué uno del año de 1880, encontré una cosa que se llama *Las aguas en el Valle de Méjico* y que, terminando con la firma de J. M. Roa Bárcena, empieza así:

“Valle ameno, ciudad de los aztecas . . .”

¿En qué quedamos? ¿Se dirige usted al valle ó á la ciudad? Porque convendría saberlo con tiempo para evitar equivocaciones.

Siga el señor Roa:

“Valle ameno, ciudad de los aztecas,
A que el rayo del sol con amor baja . . .”

¿Bueno! ¿Lo ve usted? Suponiendo que eso de *que el rayo del sol . . .* no sea una apuesta, aun-

que esa misma forma "á que" es la que se emplea para apostar; suponiendo que la *á* quiera indicar el sitio á donde baja el rayo del sol, con amor ó sin él, que eso es lo mismo, ya no se sabe si baja al valle, ó baja á la ciudad, ó baja á la ciudad y al valle.

¿Quiere usted decir que el valle y la ciudad son una misma cosa?

Corriente, pero llame usted á esa cosa de una sola manera para que no nos confundamos.

Y luego, que baje el rayo del sol *con amor* ó al ripio ó con lo que usted quiera.

Adelante:

"Valle ameno, ciudad de los aztecas,
A que el rayo del sol *con amor* baja,
Que la choza infeliz de lodo y paja
Por ricos templos y palacios truecas...."

¡Porricos!.... ¿Qué mal oído tiene usted, señor Bárcena!

Y ¿quién es el que trueca la choza *porricos* ó por ricos, etc.? ¿Es el valle? ¿Es la ciudad?

Y sea quien quiera, ¿qué significa eso? ¿Cómo puede trocar un valle una choza *por ricos* templos?....

Pero sigamos á ver en qué para:

"Y de mansión de humildes pescadores,
Del lago en lo profundo
Tus cimientos echando,

Bajo *propios* y extraños pobladores
Te fuiste al *propio* impulso levantando,
La primera *hasta ser* del Nuevo Mundo!

"Tus cimientos echando.... bajo *propios*....
al *propio* impulso.... la primera *hasta ser*...."
¡Vaya una poesía!....

Y sigue:

"¿Qué hiciste de las ondas
Que en tu *recinto ayer rizaba* el viento?...."

Y eso ¿á quién se lo pregunta usted?

¿A la ciudad ó al valle?

De todos modos.... "*Recinto ayerrizaba*...."

Insisto en que tiene usted muy mal oído.

Ande usted:

Su dominio usurpaste
Y en *atrevido* prodigioso *engaste*...."

Verdaderamente que es un *engaste* muy *atrevido*, como verá el que siga leyendo.

"Y en *atrevido* prodigioso *engaste*
De *ellas* surgió tu firme pavimento
Y al llano *en tu redor* las arrojaste...."

Vamos, que es *engastar*!

Y arrojar.... *en tu redor*....

"¿No temes que irritadas,
Sin que su enojo aplaquen *largos siglos*...."

Cánovas llama *cortos* á los años. Este llama *largos* á los siglos. . . . Todos los malos poetas tienen afinidades.

“¿No temes que irritadas,
Sin que su enojo aplaquen *largos* siglos,
De los excelsos montes *acotadas*,
(¡Vaya un *acotamiento*, camaradas!)
Que á tu *espléndido valle* dan corona. . . .”

¡Ah! ¿Con que empieza usted dirigiéndose al valle, sigue usted haciéndonos creer que siempre que dice *tú* se refiere al valle, y luego sale usted diciendo: *á tu espléndido valle?*

Al *valle del valle?*. . . .

Es como si yo le dirigiera á usted una carta, que no se la dirigiré, y le dijera:

¡Oh, Roa, Bárcena! ese tu Roa critica muy mal, porque se distrae y emplea mucho una figura retórica que consiste en decir lo que no es; y ese tu Bárcena también versifica malísimamente. . . .

Es lo mismo que dice usted:

“Valle ameno,
A tu *espléndido valle* dan corona.”

Por cierto que también es muy fea esta frase *dan corona*, aplicada á los montes.

Porque ha de entender usted que no es lo mismo *dar corona*, que dar gato por liebre, como hace *La Ilustración Española y Americana* cuan-

do da versos de usted, y de otros como usted, á sus lectores.

Y vamos adelante:

“¿No temes (*suple valle*) que irritadas,
Sin que su enojo aplaquen *largos* siglos,
De los excelsos montes *acotadas*
Que á tu espléndido valle dan corona,
Revuelvan sobre tí, bella matrona,
Cual Ponto airado *en el preciso flujo*,
Y oro y poder con que indolente *acorres*. . . .”

Sí; pero antes de que usted se nos escurra por ese laberinto de palabras sin sentido ni coherencia, díganos usted qué es lo que van á revolver las ondas sobre la ciudad ó sobre el valle.

Porque si no quiere usted que revuelvan nada, sino que se revuelvan ellas, ha debido usted decirlo así, con claridad: “Se revuelvan.”

¿Y qué es aquello del *flujo preciso*?

Sigamos:

“Y oro y poder con que indolente *acorres*
A la codicia extraña, al propio *lujo*,
(¡Ya! *Para esto era el flujo*)
Y tus soberbias cúpulas y torres
(*Para esto era el acorres*)
Traguen al fin. . . .”

¿Y qué van á tragar esas soberbias cúpulas y torres. . . . ¿O van á ser tragadas?

No se le entiende á usted una jota.

Y continúa usted:

"Subamos á la cumbre...."

Bueno; subamos. Pero se va usted á caer, de seguro; porque no tiene usted buena cabeza para encumbrarse demasiado.

"Y cortando los limpios horizontes
En círculo fatal los altos montes
Peldaños de los troncos en que aún reinan
Los de otra edad titanes...."

Los de otra edad titanes ¿eh? En una de fregar cayó caldera, como si dijéramos.

A más de que, ¿cómo ha de ser poesía todo eso de que aún reinan, ni por qué ha de ser fatal el círculo?

Y sigue imperturbable el señor Roa:

"¡Cuán bello panorama
Y cómo en edificios, montes, lagos,
(¡Ay! ¡qué prosaicos son estos estragos!)
Del sol en su zenit brilla la llama!
Mas alza su calor leves vapores
Que en el éter se juntan y condensan,
Ancho y pardo girón formando luego,
(¡Ancho y pardo? será como un talego)
En cuyo seno y desiguales bordos
(¡Vendrá un bando de tordos?)
Brama la tempestad con truenos sordos
(¡Ya! Por eso los bordes fueron bordos)
Y se agitan sus áspides de fuego...."

Y sigue el señor Roa juntando y condensando desatinos más ó menos pardos pero muy anchos, verbigracia:

"La nube, en las alturas vacilante,
Su obscuridad y su extensión acrece....
Y desciende hacia el suelo
Cual de su propio peso ya vencida,
En forma de serpiente cuya cola
Azota el aire negra banderola."

¿Qué negra banderola es esa? ¿Qué hace ahí?
¿Es sujeto ó es complemento? ¿Y de qué verbo?
Porque la que desciende debe de ser la nube, y la que azota el aire debe de ser la cola de la serpiente, aunque también puede ser al revés, que el aire sea el que azote la cola, sin que en ningún caso la quede á la negra banderola papel ninguno que desempeñar ni activo ni pasivo.

Como no sea que azote al aire también, por hacer lo mismo que hará todo aquel que se empeñe en sacar substancia de los versos del señor Roa, *Aerem verberare*, que dijeron los latinos, para simbolizar todos los empeños inútiles.

Y todavía sigue diciendo el señor Roa que

"Llega su boca el monstruo al lago hirviente
Y onda y peces al par agita y sorbe
(Vendrá detrás el orbe)
Se encoge cual sintiéndose pisado
(Prosaísmo marcado)
Y se retuerce amenazando al orbe
(Que ya estaba previsto y anunciado)
Y luego más hinchado
(Que Cánovas después que fué silbado)...."